



### Traducción

## La pena por la pobreza pandémica: cómo el COVID-19 complica nuestra medida del bienestar de los hogares

Blogs LSE

Versión original disponible en: <https://blogs.lse.ac.uk/covid19/2021/06/15/the-pandemic-poverty-penalty-how-covid-19-complicates-our-measure-of-household-well-being/>

Algunos países miden el bienestar, incluidas las desigualdades en el bienestar, por consumo. Pero cuando las personas ya no viajan al trabajo o comen en restaurantes debido al COVID, la supuesta relación entre gasto y bienestar, que ya es floja debido a la pena de pobreza, se rompe. Laura Caron (Columbia) y Erwin R Tiongson (Georgetown) afirman que los economistas deben sintonizarse mejor con las nuevas fuentes de desigualdad.

Los hogares pobres suelen pagar más por bienes y servicios que los ricos. Este concepto se conoce como “pena de pobreza”. Primero documentado por el sociólogo David Caplovitz y más recientemente por el economista Ronald Mendoza, los hogares pobres a menudo pagan precios más altos en las tiendas de conveniencia locales cuando no tienen transporte o acceso a tiendas más baratas, o porque no reciben descuentos por volumen. Las “fallas del mercado” significan que algunos productos (como el seguro médico) pueden no estar disponibles para los hogares más pobres, que luego pagan por sustitutos más costosos.

La pandemia ha creado nuevas formas de pena de pobreza. Como otras crisis, ha reducido sustancialmente los ingresos y el empleo. Además, a diferencia de otras crisis, los bloqueos durante la pandemia han restringido las opciones de consumo y han reducido los costos para quienes hicieron la transición al trabajo remoto, incluidas reducciones en los gastos de transporte, comidas en restaurantes e incluso ropa, mientras que a algunos hogares les cuesta más. Estos, a su vez, se han distribuido de manera desigual, lo que ha dado lugar a desigualdades tanto en las cantidades como en los precios de los bienes consumidos por los hogares ricos y pobres.

En primer lugar, el trabajo a distancia y el ahorro de costes en los desplazamientos se han distribuido de forma desigual y, en general, son menos accesibles para los hogares de menores ingresos. En los Estados Unidos, por ejemplo, los negros y los hispanos, así como los trabajadores con salarios bajos, tienen menos probabilidades de trabajar de forma remota. En Sudáfrica, según Imraan Valodia y David Francis, los ricos "pueden seguir obteniendo ingresos trabajando desde casa, y muchos realmente ahorrarán dinero debido a la reducción del gasto en cosas como salir a comer, vacaciones y entretenimiento". La desigualdad también se extiende entre países: si bien el trabajo a distancia era posible en todo el mundo, se estimó que casi el 25% de los trabajadores de los países de ingresos altos habían trabajado desde casa en 2020. En los países de ingresos bajos, solo el 13% lo hizo.



En segundo lugar, los hogares pobres también han tenido que pagar más para obtener las necesidades básicas. "Tengo que comprar localmente debido al bloqueo, donde los precios son un poco más altos", dijo recientemente un trabajador del Reino Unido. De manera más general, un estudio que comparó hogares del Reino Unido pobres y ricos encontró que "las familias de bajos ingresos tienen que comprar alimentos a un precio efectivo más alto". De manera similar, en los EE. UU., Aquellos que dependen del transporte público para ir al supermercado, a menudo aquellos con bajos ingresos, tienen un conjunto limitado de opciones, en un momento en que el transporte público no está disponible o presenta riesgos para la salud. Incluso para las personas que podían trabajar de forma remota, los encierros y las órdenes para quedarse en casa significaron que muchos que ya estaban luchando vieron un aumento en las facturas de energía por estar en casa, absorbiendo una porción más grande de los ingresos de los hogares más pobres.

En conjunto, esto implica mayores reducciones en el gasto y mayores ahorros para los hogares ricos. De hecho, los patrones en los países de ingresos más altos son sorprendentes. En Australia, Canadá, Francia, Alemania, el Reino Unido y los EE. UU., Los hogares de mayores ingresos han experimentado más reducciones en el consumo de los hogares. Por ejemplo, en el Reino Unido, el 23% de los hogares en el quintil más bajo redujo el gasto, en comparación con más del 49% en el quintil superior. Como resultado, las tasas de ahorro de los hogares han sido excepcionalmente altas en los países de ingresos altos y los ahorros se han concentrado en los hogares de ingresos más altos, aunque es probable que parte de los ahorros provengan del ahorro preventivo y no solo de las nuevas restricciones al consumo. En el Reino Unido, los ahorros en el quintil superior aumentaron (más que en años anteriores), mientras que disminuyeron en el quintil más bajo. En Canadá, el quintil más rico representa casi el 40 por ciento de todos los nuevos ahorros, mientras que el quintil más bajo representa menos del 10 por ciento. Hay patrones similares en Australia. Incluso puede haber más efectos dominó que aún no podemos medir: la reducción del gasto por parte de los altos ingresos en transporte o venta minorista puede, a su vez, generar pérdidas de empleo y reducción de ingresos para los trabajadores de bajos ingresos empleados en estas industrias.

En los países de ingresos bajos o medios, los patrones han sido menos claros. Esto podría deberse en parte a la medición del consumo de los hogares y a la forma en que se recopilan los datos, incluida información parcial sobre precios y cantidades. Sin embargo, la penalización por pobreza pandémica puede tener importantes consecuencias para la medición del bienestar en estos países.

Antes de COVID-19 y en ausencia de datos fiables sobre ingresos, estos países solían utilizar datos sobre consumo o gastos para medir el bienestar de los hogares. En resumen, y con el riesgo de simplificar demasiado, se sumaron todos los rubros de gasto de los hogares (gastos alimentarios y no alimentarios por igual) y se dividieron por tamaño del hogar. Un mayor consumo o gasto (per cápita) se interpretó de la misma manera que lo sería el ingreso, y un mayor consumo se



interpretó como un mayor nivel de bienestar. Se pensaba que los hogares cuyo consumo diario caía por debajo de cierto umbral eran pobres.

Podría decirse que las evaluaciones rápidas del consumo de los hogares durante la pandemia siguen la lógica anterior, y se espera que las reducciones en el consumo sean consecuencia de la pérdida de ingresos, a medida que las personas se enfrentan a una conmoción. Sin embargo, estas evaluaciones enfrentan un desafío particular durante la pandemia actual, cuando los encierros y el trabajo remoto han forzado cambios en el comportamiento del consumidor separados del proceso de toma de decisiones del hogar habitual. Por ejemplo, en ausencia de información más precisa, una caída en el consumo de alimentos, incluido el consumo de comidas en restaurantes informados por un hogar, puede tener implicaciones ambiguas para el bienestar: no podemos decir si eso se debió a que ya no salía a comer en el trabajo debido a trabajo remoto, restaurantes cerrados o inseguros, o la casa ya no puede permitirse salir a comer. Cuánto cae el bienestar depende de las preferencias del hogar y podría determinarse teóricamente a partir de una función de utilidad del hogar.

¿Qué encuentran las evaluaciones rápidas en países de ingresos bajos o medios? En varios países, los hogares urbanos y los hogares más ricos han tenido más probabilidades de reducir el consumo durante la pandemia. En Papua Nueva Guinea, por ejemplo, casi el 40 por ciento de los hogares más ricos redujeron el consumo de alimentos y no alimenticios, mientras que solo el 24 por ciento de los hogares más pobres lo hizo. En Moldavia, los hogares más ricos enfrentaron pérdidas de ingresos menores al tiempo que redujeron los gastos de manera más drástica que los hogares más pobres. En Mongolia, era más probable que los hogares urbanos redujeran tanto los gastos alimentarios como los no alimentarios. Existen patrones similares en Etiopía, Malawi y Nigeria, aunque las diferencias son menores. También hay patrones similares entre los refugiados en Uganda (aunque no necesariamente en la población general de ese país).

A partir de los datos resumidos publicados, no queda claro cuánto se redujeron los gastos, solo que los hogares urbanos y más ricos tenían más probabilidades de reducirlos. En China, sin embargo, tenemos más información: tanto los hogares rurales como los urbanos redujeron el gasto en transporte, educación y entretenimiento, y ropa, pero las reducciones fueron aún mayores para los hogares urbanos. Los hogares rurales aumentaron el gasto en alimentos, mientras que los hogares urbanos lo redujeron.

Hay dos conjuntos de explicaciones en competencia para estos patrones, ambos plausibles. Primero, las reducciones en el consumo pueden reflejar realmente una reducción en la cantidad o calidad del consumo y, a su vez, pueden reflejar una caída en el bienestar. La reducción del consumo en las zonas urbanas es coherente con una mayor pérdida de empleo e ingresos en las zonas urbanas. Sin embargo, como en el caso de los refugiados de Uganda, es posible que los hogares pobres y rurales no redujeran tanto su consumo, no porque estuvieran mucho mejor, sino "porque sus niveles de consumo alimentario y no alimentario ya eran muy bajos. "



No obstante, vemos caídas en el consumo incluso entre aquellos que no han experimentado pérdidas comerciales o de ingresos. Por ejemplo, en seis países de Asia oriental y el Pacífico, muchos hogares que no sufrieron pérdidas salariales o comerciales también redujeron sus gastos en alimentos, incluidos más de la mitad de los de Indonesia. Esto sugiere que puede haber una explicación alternativa para la reducción del gasto durante la pandemia. En particular, cuando el gasto en transporte puede representar hasta un tercio de los ingresos diarios, los ahorros pueden ser considerables para las personas de países de bajos ingresos que pueden trabajar desde casa, que probablemente sean trabajadores asalariados más ricos o trabajadores de zonas urbanas. áreas. De manera similar, la mayor reducción en el consumo de alimentos entre los hogares más ricos podría reflejar una reducción de las comidas en los restaurantes y más comidas caseras y, por lo tanto, una reducción en los precios (y quizás la calidad) pero no en las cantidades. Y al igual que sus contrapartes en los países de ingresos altos, estos hogares podrían haber reducido sustancialmente su consumo de alimentos y no alimentos, no por necesidad (debido a la reducción de ingresos) sino porque los bloqueos los obligaron o permitieron hacerlo.

Esta nueva penalización por pobreza pandémica puede resultar permanente, si los hogares más ricos viajan menos para trabajar y ahorran dinero en transporte, aunque podrían gastar más en restaurantes y otras formas de entretenimiento a medida que los lugares reabren y los hogares reasignan los gastos. Aunque no sabemos que estos “ahorros forzados” representan un aumento en el bienestar de los hogares, al menos pueden brindar a las personas el colchón que necesitan para enfrentar futuras crisis o pérdidas de empleos y aumentar la riqueza. En lugares donde el consumo seguirá siendo la principal medida del bienestar de los hogares, esto podría requerir que midamos el consumo de manera un poco diferente. Para los especialistas en este campo, podría ser necesario algo análogo a las estimaciones del equivalente de alquiler de las unidades de vivienda ocupadas por el propietario, por ejemplo, un gasto de transporte equivalente, comparando trabajadores remotos y en persona. O podríamos usar medidas de ingresos o riqueza en lugar del consumo, o alguna combinación de ingresos y consumo. Más importante aún, significa que debemos estar cada vez más en sintonía con las nuevas fuentes de desigualdad en la forma en que vivimos y trabajamos.